



LA DISTINCIÓN ENTRE FÍSICA Y METAFÍSICA

Juan Fernando Sellés (Universidad de Navarra)

Resumen: en este trabajo se estudian las distinciones entre la física clásicamente considerada, y la metafísica en dos ámbitos: a) En los *temas* de ambas: cuatro causas en una; actos de ser en otra. b) En los *métodos*, o niveles de conocimiento humano, que permiten dichas realidades: los actos de concebir y de juzgar de la razón en una; el hábito innato de los primeros principios en otra.

Summary: in this work we study the distinctions between Physics, classic considered, and the Metaphysics in two areas: a) In their *themes*: four causes in one; acts of being in other one. b) In their *methods*, or levels of human knowledge, which allow us to know the above mentioned realities: the acts of conceiving and of judging of the reason in one; the innate habit of the first principles in other one.

1. Planteamiento

“La metafísica –como su nombre indica, y en ese sentido es buena la designación de Andrónico de Rodas– se ocupa de lo que está *más allá de lo físico*, es decir, de lo trascendental como *transfísico* o como lo primario respecto de lo físico” [18]. Si este saber no trascendiese temática y metódicamente la realidad física, no tendría sentido llamarlo de modo distinto. Lo que sucede es para muchos es equivalente lo ‘físico’ y lo ‘material’, y, en consecuencia, como advierten que en la realidad física existen dimensiones que no son materiales (ej. el movimiento, el orden), las llaman ‘metafísicas’. Pero esta denominación es incorrecta, porque tales realidades, pese a no ser materiales, no se pueden dar separadas de la materia. Por el contrario, las realidades metafísicas ni son y tienen por qué darse aunadas a la materia. Con todo, esto último también se ha puesto en duda, sobre todo, en la filosofía moderna y contemporánea. Recuérdese, por ejemplo, el caso de Kant, para quien el conocer humano no puede trascender los límites espaciotemporales. Sin embargo, la respuesta *avant la lettre* a esta dificultad es aristotélica y dice así: pensar el tiempo no es tiempo.

Si la metafísica es distinta de la física es porque la trasciende, es decir, lo que ella estudia es superior a la realidad física: “si hay conocimiento de lo trascendental, la metafísica es una ciencia en serio y no por comparación con la física, porque es transfísica. Trascendental en definitiva significa transcategorial, transpredicamental, transfísico; metafísico y trascendental desde este punto de vista son equivalentes, en cuanto que metafísica también es ir más allá de lo físico. Por tanto, el encuadre del tema tiene que ser tal que el objeto trascendental, o el conocimiento de lo trascendental, no sea problemático”[19]. En rigor, lo que está en juego es que, si la metafísica no tiene una *temática* real distinta de la física, no es una ciencia. A la par, tampoco lo será si su *método* cognoscitivo no es distinto del de aquella.

Por otra parte, la realidad física no es como las ideas, pues éstas son inmóviles, detenidas, mientras que lo real es cambiante, activo. Por eso conviene no atribuir a lo real propiedades de las ideas, como suele suceder en algunas metafísicas. La fijeza de los objetos pensados se da en el nivel de la *abstracción*, cuyos objetos mentales son los *abstractos*. Este nivel de conocimiento —el preliminar de la inteligencia— se denomina ‘conocimiento objetivo’ en atención a los objetos mentales que forma o presenta, los cuales son *intencionales* respecto de la realidad de la que se han abstraído.

Ahora bien, “la realidad depurada de componentes lógicos es la realidad extramental: física y metafísica, es decir, la realidad de principios. Los principios físicos son las llamadas causas predicamentales; los principios metafísicos son los primeros principios. Depurar los principios de componentes lógicos equivale a declarar improcedente su conocimiento objetivo. No se trata de meras ideas, sino de realidades a las que se accede abandonando la limitación inherente a la intencionalidad”[20]. Por tanto, si lo lógico es ‘actual y presente’ al acto de conocerlo, lo real no puede tener esas características. En efecto, lo real es ‘activo y temporal’. En cambio, en los usuales manuales de metafísica se encuentran estos inconvenientes: por una parte, se atribuyen a la realidad física propiedades de nuestras ideas o de nuestros actos de pensar, pues se dice que la realidad física es ‘presente’, instantánea, pero lo presente y la presencia son exclusivamente mentales; por otra, no se distinguen entre primeros principios reales y mentales. Todo esto conlleva una especie de mezcla y falta de discernimiento entre lo mental y lo real.

Asimismo, lo usual en los libros de metafísica es tratar de los dos temas aludidos: las causas o principios físicos y los primeros principios. Sin embargo este enfoque es incorrecto, pues las cuatro causas predicamentales (*material, formal, eficiente y final*) son el tema propio de la *filosofía de la naturaleza o física* clásicamente considerada, mientras que los ‘primeros principios reales’ (que no son mentales) son los temas propios de la *metafísica*. Por eso, en atención a que la metafísica estudia lo realmente primero, se le ha llamado desde el Estagirita ‘filosofía primera’[21], mientras que las otras ramas del saber filosófico se han denominado a lo largo del tiempo ‘filosofías segundas’ o ‘filosofías de’.

2. Potencia y acto; esencia y ser; física y metafísica

El hallazgo capital de Aristóteles fue la distinción entre *acto* y *potencia*. A su vez, distinguió entre diversos tipos reales de acto y entre diversidad de potencias. Pero esa distinción es aplicable a multitud de realidades: físicas, metafísicas, humanas, etc. Por ejemplo, al estudiar el Estagirita la física, según esa distinción separó la sustancia y los accidentes; en la metafísica, el Acto Puro y los entes dotados de potencias; al tratar de la teoría del conocimiento, el entendimiento agente y el entendimiento posible, etc. Como se puede apreciar “con el hallazgo del acto no basta para constituir la metafísica”[22], porque éste –y también la potencia– se advierten también en otras realidades que no son metafísicas, sino físicas, humanas, etc. Por tanto, es menester descubrir unas realidades diversas de las demás que sean el tema propio de la metafísica. En consecuencia, se puede sostener que, frente a la dualidad aristotélica, el sentido del acto que es tema distintivo de la metafísica es el de *acto de ser*. Según esto, la ciencia que buscaba Aristóteles (recuérdese que describía a la metafísica como ‘la ciencia que se busca’), fue encontrada –aunque no clausurada– por Tomás de Aquino[23]. En consecuencia, si el tema de la metafísica es el *acto de ser*, el de la física no podrá ser sino otro menor, potencial respecto de aquél. Ahora bien, si hay diversidad de actos de ser, no cualquiera de ellos será el tema de la metafísica, y consecuentemente, tampoco cualquier esencia. Los temas de la metafísica serán los actos de ser que sean *primeros* y *necesarios*.

Si atendemos a la realidad extramental, para quien está formado en la concepción filosófica del pensamiento clásico al respecto, la precedente distinción no le resultará arduo admitirla, pues es la que *temáticamente* media entre la *esencia* y el *acto de ser*: “la distinción *real* de esencia y ser (salvo en el hombre) se corresponde con la distinción entre física y metafísica (esto es coherente con la superioridad del ser sobre la esencia si media distinción real)”[24]. Por su parte, *metódicamente* la aludida distinción es la que media –según dicha tradición– entre la razón (*ratio*) y el intelecto (*intellectus*): “el tema del ser, propiamente hablando, no es propio ni del concepto ni del juicio, sino que hay que esperar a la tercera operación, y, sobre todo, hay que acudir al conocimiento habitual, al *intelecto*. Intelecto viene de *intus-legere*, leer dentro, penetrar; conocer el ser exige una cierta penetración en la raíz de la realidad. El tema de la metafísica es precisamente éste: el conocer el ser como acto que es”[25].

Ese *acto de ser* real extramental se puede denominar *existencia*. En cambio, la *esencia* de la realidad extramental se puede llamar *consistencia*. “El acto de ser correspondiente a esa esencia es un primer principio; es el tema de la metafísica”[26]. Por tanto, el tema de la física será esa *esencia*, sólo comprensible, en últimas, en vinculación con el tema de la metafísica, pues “el tema de la metafísica (y de la física) es el ser extramental y la esencia extramental”[27]. El acto de ser extramental es el *fundamento* de la realidad física sensible, el acto de ser *necesario* que se distingue de las cuatro causas físicas, que precisamente lo son entre sí (*ad invicem*) porque

dependen de su acto de ser. Con denominaciones acuñadas se puede decir que el ser es principio *trascendental*, mientras que las causas son principios *predicamentales*. El ser es *acto*; las causas, *potencias*. Lo físico es potencial; lo metafísico, activo. En suma, la metafísica es superior a la física como el acto lo es a la potencia, como el acto de ser a la esencia.

3. Los temas de la física

Ya se ha indicado que los temas de la física son las *cuatro causas* predicamentales aunadas entre sí, o sea, en su 'concausalidad'. La *materia*, la *forma*, los *movimientos* físicos y el *orden del universo* o causa final son causas físicas. Como este trabajo versa sobre metafísica, únicamente se describirán a continuación con brevedad las causas físicas[28] sólo para no confundirlas con los temas de la metafísica.

La *causa material* es la materia del cosmos. La *causa formal* es la estructura interna que configura a cada materia de modo distinto. Por ejemplo, si bien la materia de una piedra de carbón es la misma que la de un diamante, la estructura interna o modo de ordenar esa materia es diversa en cada una de ellas (y consecuentemente, también la apariencia externa). La *causa eficiente* es la causa del movimiento. En la realidad física hay dos tipos de movimientos: los *extrínsecos*, que son los que proceden del exterior de una sustancia (*ex qua*) e inciden en una ella alterándola (ej. la erosión que sufre un monte); y los *intrínsecos* (*in qua*), que nacen de dentro de una realidad física (ej. el crecimiento de un árbol). Esos dos tipos de movimientos permiten distinguir entre las *sustancias* inertes y las *naturalezas* vivas. Las primeras son meramente compuestos 'hilemórficos' con movimiento extrínseco, mientras que las segundas añaden a eso la *automoción*. Este especial tipo de movimiento se da en los vegetales, animales y en el hombre, y la distinción entre ellos estriba en la mayor o menor complejidad y *sincronía* entre los movimientos. Por su parte, la *causa final* es el orden del universo físico, un único principio físico que subordina los demás a sí, es decir, permite que las materias, formas y todos los movimientos sean compatibles entre sí y subyazcan a una sola unidad de orden cósmico. Por eso se la ha llamado causa de las causas.

Como la más perfecta de las causas es la *final*, lo que precede indica que –al margen de la intervención humana– el universo siempre va a mejor, es decir, camina hacia mayor perfección. Por eso se explica, por ejemplo, que al inicio no existiese vida y después sí; que las vidas primeras fuesen muy sencillas mientras que las posteriores sean muy complejas; que la vida corpórea de los prehomínidos fuese menos perfecta (por ejemplo, a nivel cerebral) comparada con la del cuerpo humano actual. Lo mismo cabe decir del *tiempo*: los tiempos son plurales, y son más perfectos en la medida en que transcurre el universo[29]. Y otro tanto cabría decir del espacio.

En suma, la causa material se subordina a la formal; ésta a la eficiente, y ésta a la final. Con la interactuación de estas cuatro causas se explica la índole de la realidad física. Entre ellas conforman la *esencia* del universo, que es sólo *una*. En efecto,

aunque estamos acostumbrados a oír expresiones en que la palabra ‘esencia’ se usa como sinónimo de ‘sustancia’, ‘naturaleza’, ‘quididad’, ‘entidad’, etc., en rigor, es pertinente distinguirlas, pues esas realidades son plurales, mientras que la esencia es una sola. ‘Sustancia’ significa sólo el compuesto hilemórfico en el inhiere los accidentes, vocablo que propiamente designa a los seres inertes. ‘Naturaleza’ denota principio de operaciones y, por tanto, designa a los seres vivos. En cambio, ‘quididad’ o ‘entidad’ son términos que se usan para aludir a la índole de una cosa.

De lo que precede se puede sacar una somera, aunque aguda, conclusión: si sólo hay una esencia para la totalidad del universo físico, sólo existe *un único acto de ser* en él. También estamos acostumbrados a oír hablar de multiplicidad de actos de ser, que se predicán de cada una de las realidades intramundanas o cósmicas. Pero este modo de decir es erróneo, porque ninguna de esas realidades tiene un ser y una esencia independiente de las demás. Así, no se puede explicar un animal, un vegetal o un mineral, sin la ley de la gravedad, sin las radiaciones, la presión, la humedad, y el largo etcétera que conforma la integridad del universo. No es éste el caso del hombre, pues cada persona es un *acto de ser* distinto que posee una *esencia* diversa, aunque la naturaleza corpórea humana sea común a la de los demás hombres.

4. Los métodos de la física

Los métodos cognoscitivos de la física clásicamente considerada son las operaciones de la razón que siguen a la abstracción. Éstas son, al menos, el acto de *concebir* y el acto de *juzgar*. La razón tiene varias vías operativas. En efecto, no es la misma la operatividad *formal* que permite hacer lógica, que la operatividad *racional* que permite conocer la realidad física. Dentro de ésta, a su vez, no son los mismos los actos de la clásicamente llamada *razón teórica*, que nos permiten conocer las cuatro causas de la realidad física, que los actos de la tradicionalmente denominada *razón práctica*, que nos permiten conocer las acciones humanas y los productos culturales sometidos a nuestro poder. Por la línea que prosigue la abstracción racionalmente (no lógicamente), cabe conocer la realidad física tal cual ella es. Se conocen así las *causas* o *principios* físicos, y se conocen en su mutua vigencia o correlación, es decir, como ‘*concausas*’. Las conocemos progresivamente: la *material*, la *formal*, y la *eficiente extrínseca* en el primer acto, en el *concepto*[\[30\]](#), y la *eficiente intrínseca* y la *final*, en el *juicio*[\[31\]](#). Atendamos someramente a esto.

a) *El concepto*. Sigue a la *abstracción*. Es el primer acto de denominada por Tomás de Aquino vía *abstracción total*. La concepción es el mero conocimiento de la *sustancia* de lo real. La diversidad entre el *concepto* (también llamado *verbo*) y el abstracto (*la especie inteligible*) estriba en que el abstracto es una forma universal sin materia, mientras que el concepto es la forma universal que no se conoce desvinculada de las materias individuales que informa. Gnoseológicamente abstraer es paso previo a conceptualizar. Conviene, por tanto, no confundir la universalización del

acto de abstraer con el universal real conocido en el concepto. Esta distinción permite resolver el ancestral problema de los *universales*. En efecto el abstracto es una forma universal, pero ideal. En cambio, la causa formal es el universal real, que no un invento mental (tesis que postuló el *nominalismo* y de la que el *idealismo* no logró escapar). Es lo *uno* en los *muchos*; la forma que está repartida en los singulares. Pero ésta sólo es concebible cuando se conoce lo real tras la conversión al fantasma. El conocimiento de la unidad en la multiplicidad es el conocimiento del *hilemorfismo* (descubrimiento aristotélico) de lo físico; el notar que la *causa formal (unum)* está imbricada en la multiplicidad de individuos materiales (*in multis*). Lo que se conoce en el acto de concebir son dos *causas* reales; es decir, dos *principios* constitutivos de toda realidad física: la *material* y la *formal*.

b) *El juicio*. El juicio compone y divide, afirma o niega algo (*accidentes*) de algo (*sustancia*). Une y separa conceptos, pero como éstos se refieren a lo real, sólo une o separa con verdad lo que en la realidad física está unido o separado; por eso es el primer acto que conoce que el fruto de su acto es verdad, porque se adecua a lo real confrontando con ella la unión o separación de conceptos. El *esse rei*, no la *essentia*, es la causa de la verdad teórica que por primera vez se explicita en el *juicio* teórico[32]. Ahora bien, el juicio conoce la *verdad*, no el *ser*. Con el juicio se recupera el *tiempo*, lo cual indica que en él se da un conocimiento de la *causalidad eficiente*. En efecto, recuperamos el *movimiento*, y con él el *tiempo*, porque éste es la medida de aquél. Además captamos la compatibilidad de los diversos movimientos entre sí, no sólo en un ente concreto, sino también con el resto de movimientos de toda la realidad física. Notar la compatibilidad de los movimientos es descubrir que todos están vinculados según un *orden*, esto es, conocemos judicativamente la *causa final*, el *orden del universo* físico.

Pese a conocer el juicio los cuatro *principios* reales, las *cuatro causas*, desconoce el *primer principio* de la realidad, el *fundamento* de esas causas, puesto que ninguna de las cuatro causas es fundamento respecto de las otras, ya que son irreductibles. Tampoco ninguna causa es fundamento de sí misma. Las causas son, pero podrían no ser. Notar esto es ir más allá del juicio. Es darse cuenta de que el *ser* de la realidad física no es ninguna concausa, sino el *fundamento* de ellas. El *ser* no es ni material ni formal ni eficiente ni orden, sino el existir, el *acto de ser* necesario del universo físico. Ahora bien si no es como las causas, entonces el *ser* no se puede conocer derivadamente de la *abstracción*. Si el juicio cuenta con el precedente de la abstracción, el juicio no conoce el ser. Por eso la verdad conocida en el juicio no es ni la única ni la más alta verdad. Por lo demás, se debe distinguir el *juicio de la razón* del *juicio lógico*. El primero, que pertenece a la vía operativa de la razón, se refiere a lo real; el segundo no conoce las causas reales, sino que objetiva las causas conocidas, es decir, las conforma en objetos mentales. Tampoco cabe confundir, por otro lado, el juicio de la razón con su expresión lingüística: *la enunciación*.

Al último acto de la vía racional se le suele llamar ‘raciocinio’ o ‘demostración’, y se le asimila en exceso a su expresión lógica, el ‘silogismo’. Con todo, si se distingue a este nivel entre el acto lógico y el racional, al que indaga sobre la realidad física se le puede llamar *fundamentación*, porque busca el fundamento de lo físico[33]. En suma, es propio del concepto el conocimiento del *universal real*[34] (no del universal lógico). Es propio del juicio el conocimiento de las *naturalezas*, es decir, de los seres con *vida*[35], y del *orden del universo*[36]. y es propio de la operación de fundar la búsqueda del *fundamento* de la realidad física. Esta vía es, pues, el modo de proceder de la *física* tradicionalmente considerada, como averiguación de las causas.

5. Los temas de la metafísica

Se entiende “por metafísica, en sentido estricto, la continuación de la física, es decir, el conocimiento que explicita el fundamento”[37]. La metafísica no continúa la física en su mismo nivel, en las causas físicas, sino que profundiza en su base o fundamento, porque “la concausalidad completa de las causas predicamentales guarda un implícito... Al implícito de la concausalidad conviene llamarlo fundamento. Su estudio es cometido de la metafísica”[38]. Las causas físicas existen, pero no por sí mismas ni por las demás, sino por el ser que las hace ser. Su fundamento es el *acto de ser* del universo físico. A este ser se le puede llamar existencia, y dado que no es libre (como el humano) sino necesario, se le puede designar como *persistencia*[39].

Este acto de ser es *principio* respecto de las causas, pero no un principio como ellas, sino *primero*[40]. No obstante, no es el único primer principio, pues cuando lo advertimos, nos damos cuenta que depende del ser divino; a esa dependencia la llamamos *creación*. Esta tesis es explícita en Tomás de Aquino: “aunque la causa primera, que es Dios, no entre en la esencia de las realidades creadas, sin embargo, el ser que inhiere en las realidades creadas no se puede entender a menos que deducido del ser divino”[41]. Por tanto, la metafísica no indaga acerca del primer principio, sino de los primeros principios, porque lo primero es plural, no único[42]. ¿Por qué no se le llama a Dios ‘primer’ principio y al acto de ser del universo ‘segundo’, porque es claro que uno es origen del otro? Sencillamente porque cuando se conocen estos principios se advierten conjuntamente como primeros; no se confunden, pero no se advierten separados, es decir, no uno primero y luego el otro.

Acto de ser del universo y acto de ser divino son principios de lo real, no principios hipotéticos o mentales[43]. ¿Son los dos únicos primeros principios[44]? Algunos autores responden afirmativamente[45]; otros, en cambio, indican que lo que llamamos *creación* –o dependencia en el ser de uno respecto del otro– es un tercer primer principio[46]. La duda en este caso ofende, porque los primeros principios (tanto los reales como los lógicos) se advierten o no, pero son evidentes[47]. Por tanto, la duda afectará más a su interpretación que a su realidad. Atendamos brevemente a ellos.

a) *El acto de ser del universo*. Se le llama *existencia*[\[48\]](#) o *persistencia*, y también principio de *no contradicción*, que no debe confundirse con el ‘principio de *contradicción*’, el cual es lógico, e indica que no se puede afirmar y negar a la vez. ¿Qué significa ‘no contradicción’? Significa imposibilidad de ser realmente negado, y esto indica “no tener nada que ver con la nada: *extra nihilum*”[\[49\]](#), es decir, si se advierte el ser, el ‘no ser’ debe ser desechado, o sea, la nada ni entra ni puede entrar en escena, o si se quiere, no pasa de un mero ente de razón. Este acto de ser se describe “como comienzo que ni cesa ni es seguido... La persistencia es el carácter real del principio de no contradicción”[\[50\]](#). En efecto, si el ser cesara, daría paso a la nada; y si fuera seguido, sería seguido por la nada. Por tanto, es el ser que no deja de ser. Con todo, eso no indica que siempre sea igual, en el sentido de que no cambie, o sea, que sea detenido (detenido es en exclusiva el conocimiento abstractivo), pues todo lo creado por Dios está diseñado para crecer, esto es, está hecho para el perfeccionamiento.

b) *El acto de ser divino*. Este acto de ser es el principio de identidad, porque en él no cabe distinción real entre acto de ser y esencia, es decir, es el ser cuya esencia se identifica con sus acto de ser[\[51\]](#). Este acto de ser es Dios. Es el Dios en el que terminan las vías que demuestran su existencia[\[52\]](#). “En Aristóteles, Dios pertenece a otro campo temático: lo que está más allá de lo físico. Hay que ocuparse de la última radicalidad de la realidad: lo que está más allá del ente que se mueve (se mueva con movimientos transitivos, con operaciones inmanentes, o con un comportamiento libre). Es lo que estudia la metafísica. La metafísica de Aristóteles culmina en el estudio de lo divino (no digo Dios, sino lo divino, porque el Dios de Aristóteles no es persona)”[\[53\]](#). Lo que precede equivale a una limitación en la concepción de Dios por parte del Estagirita, porque para él la divinidad no es creadora ni providente. Por tanto, esas notas divinas deben añadirse a la su metafísica. A veces llama a Dios ‘motor inmóvil’; otras, ‘acto puro’, otras, ‘sustancia separada’[\[54\]](#). Pero a esas dicciones hay que añadir la de *creador*. Si la metafísica de Aristóteles fuese cerrada y no ‘la ciencia que se busca’, la noción de creación no tendría cabida. Pero sin la noción de creación la metafísica es problemática, porque crear significa dar el ser[\[55\]](#), y la metafísica es el estudio del ser. Por eso conviene prolongar la metafísica aristotélica.

c) *La creación*. A este principio se le denomina *causalidad trascendental*. Es una denominación analógica con la de las causas físicas. Ese modo de hablar no indica que Dios sea la *causa* del ser de lo creado, porque la noción de causa no es independiente de la de efecto, en cuyo caso habría que admitir que Dios crea necesariamente, lo cual es falso, porque la creación divina es libre. Es mejor decir que Dios crea la causa. “El acto de ser de la criatura es, *qua* acto de ser, creado. ¿Qué es más primordial para el acto de ser: ser creado o ser acto de ser?... ¿Qué es más primordial: ser o ser creado para la criatura? Respuesta: la pregunta no tiene sentido; tan primordial es ser creado

como ser acto de ser; si no es creado el acto de ser, pues no es tal acto de ser. Todo lo que prime el ser sobre la creación desconoce el ser creado”[56].

Ancestralmente se ha considerado –no sin razón– que la metafísica es la disciplina más importante de la filosofía, porque estudia lo primero, y “el fundamento es lo más alto. Metafísicamente es verdad: lo primero en el orden fundamental es lo más alto: el primer principio. Sobre esto –*De primo principio*– han tratado metafísicos. Y por eso nos puede parecer que el primer principio es la culminación del ser”[57]. Con todo, es claro que el ser principal se descubre como *necesario*, no como libre, y es manifiesto que lo libre es superior a lo necesario. Por tanto, la disciplina filosófica que estudie los seres libres (también deben ser plurales) será superior a la que estudia los seres necesarios.

También ha sido clásico sostener –tampoco sin razón– que la metafísica estudia los llamados *trascendentales* (el ser, la verdad, el bien, la belleza). *Trascendental* denota el ámbito real de la máxima amplitud[58]. Pero a lo largo de la historia de la filosofía unas corrientes de pensamiento han defendido la primacía de uno de ellos sobre los demás. “El *realismo* se describe como aquella postura metafísica que formula la tesis de que el primer trascendental es el ser (o el ente)”[59]. En cambio, el *idealismo* ha defendido la prioridad de la verdad; el *nominalismo*, la del bien; el *esteticismo*, la de la belleza.

6. El método de la metafísica

Al inicio del capítulo se ha indicado que el nivel cognoscitivo de la física es lo que en la Edad Media se denominaba *ratio*, mientras que el de la metafísica es lo que se llamaba *intellectus*. Después se ha concretado que los actos racionales apropiados para conocer los temas de la física (las causas) son el *concepto* y el *juicio*. Ahora conviene concretar que “el núcleo del conocimiento metafísico es el hábito de los primeros principios”[60]. Éste no es un hábito adquirido por la razón, sino un *hábito innato* superior a la razón; superior también a la *esencia* humana, porque es un hábito inherente al *acto de ser* o persona humana. Mediante él la persona puede conocer actos de ser porque él pertenece al acto de ser personal humano, y es que sólo el ser conoce el ser[61].

El intelecto o hábito de los primeros principios es superior a la razón: “el hábito intelectual deja atrás la razón y advierte la distinción entre lo creado y lo increado, distinción metafísica entre los primeros principios, más neta que la distinción entre acto de ser y esencia creados”[62]. La facultad de la razón, con sus actos y hábitos adquiridos es incapaz de conocer lo primero o fundamental de lo real, porque todo lo que ella puede conocer deriva del conocimiento abstractivo, y los primeros principios no se pueden abstraer, puesto que no son sensibles. Pero lo que no puede conocer la razón lo puede dicho hábito innato[63].

Algunos tomistas afirman que el acto de ser se conoce en el juicio, pero esto no es correcto. El conocimiento del *acto de ser* no es ni *judicativo* ni se da a nivel operativo, porque el inicio del conocimiento operativo es el *objeto* pensado, y en éste no está

implícito el *ser*, sino que lo da por supuesto. Tampoco se conoce el ser con los *hábitos* adquiridos de la razón, porque éstos conocen actos de conocer (operaciones inmanentes) y ninguna operación inmanente es un acto de ser. En cambio, disponemos de un hábito intelectual nativo que no conoce operaciones, ni hábitos, ni facultades (como la *sindéresis*), sino primeros principios reales (actos de ser). Aunque dicho conocimiento acerca de lo principal cabe expresarlo judicativamente, el expresarlo no es conocerlo temáticamente.

El acto de juzgar o juicio es conocido mediante el hábito adquirido de ciencia, que nos permite distinguir entre juicios verdaderos y falsos, es decir, entre los que se adecuan a la realidad física y los que no. A la operación de juzgar sigue otra operación, a la que se puede llamar *fundamentación*, porque busca conocer el fundamento[64], cuyo hábito correspondiente es el de los axiomas lógicos. Pero el hábito de los primeros principios es superior, más cognoscitivo, que estos actos y hábitos, pues “el hábito de los primeros principios es el conocimiento del ser en sentido fundamental”[65]. Si la metafísica estudia lo primero, como más allá de ello no existe nada, es un saber culminar[66]. De modo que si hay algún saber que supere a la metafísica, no será porque conozca realidades más importantes que ella, sino porque las conoce más profundamente.

Si la metafísica es el saber superior acerca de lo real principal, ninguna otra ciencia la puede juzgar. Esto indica que sólo ella se puede justificar a sí misma. No obstante, no sólo las ciencias, sino también ciertas corrientes filosóficas modernas y contemporáneas han tomado como su *leitmotiv* la crítica a la metafísica. En efecto, ya Kant decía que es mera pretensión considerar que la metafísica es un saber que se autojustifica. Recuérdese asimismo los embates que este saber ha sufrido por parte de los diversos positivismo modernos y contemporáneos (ej. el neopositivismo lógico). Sin embargo, lo que resulta claro es que todas esas críticas adolecen de fundamentación, es decir, no son consistentes y, en consecuencia, refutables.

7. Los riesgos de la física

Uno de ellos –en el que se incurrió con profusión en la filosofía medieval y moderna– es la pretensión de explicar con el modelo tetracausal las realidades que son inmateriales. Pero tales causas solo cabe predicarlas de las realidades inmateriales de modo analógico, no en sentido preciso. Por ejemplo: el que se diga que la voluntad actúa a modo de causa eficiente mientras que la inteligencia lo hace a manera de causa formal es una mera comparación. Asimismo lo es el decir que Dios es la causa eficiente o final de lo creado. Con todo, se trata de una metáfora empobrecedora, porque no predica lo superior de lo inferior, sino a la inversa. De modo que esta modalidad de atribución debe ser usada con cautela. Recuérdese que los viejos manuales de metafísica rebosaban de términos como ‘objeto material’, ‘objeto formal’, ‘causa final del actuar humano’, ‘Dios es causa final del hombre’, ‘sustancias

separadas', etc., todos los cuales no son sino una extrapolación de consideraciones físicas a asuntos que trascienden ese ámbito.

Otro riesgo de la física filosófica es olvidarse de su modo racional de conocer y copiar el modelo de la física moderna. En sentido gnoseológico esto equivale a ejercer la clásicamente llamada vía de *abstracción formal* olvidándose de la *total*. Esa actitud implica que, si lo propio del modo de conocer de la física es descubrir la pluralidad causal y la preeminencia de unas causas sobre otras, lo usual en el enfoque de la física moderna ha sido el progresivo olvido de ellas. Recuérdese, por ejemplo, que para Bacon de Verulam la causa final no debe ser tenida en cuenta en la explicación de lo empírico, porque la considera como una virgen que nada engendra. Repárese asimismo que lo que prima en el mecanicismo de Newton son las condiciones iniciales, lo cual supone no sólo el olvido de la causa final, sino también una interpretación reductiva de las demás.

Otros riesgos de la mentalidad fiscalista es predicar de los seres espirituales las dos coordenadas que miden lo físico: el *espacio* y el *tiempo*. En este sentido, para pensadores como Marx, Nietzsche, Heidegger, etc., el hombre es tiempo físico. Pero lo espiritual está al margen del tiempo físico. En efecto, las facultades inmateriales de la persona humana y su intimidad son temporales, pero no tiempo físico; además, no son espaciales. Por su parte, Dios es completamente ajeno al espacio y al tiempo. Por lo demás, la filosofía moderna ha tendido a olvidar la índole del espacio y tiempo físicos. Recuérdese que tanto para Newton como para Kant el espacio y tiempo del que tratan tiene las propiedades del espacio y tiempo imaginados por la imaginación humana, que son siempre iguales (isomorfo e isocrónico), pero no los físicos, que son plurales y cambiantes.

Y el riesgo más usual al que se ha cedido hasta nuestros días es el ya mencionado de poblar los manuales de metafísica con temas físicos, además de otros humanos (éticos, antropológicos, de teoría del conocimiento, etc.), lo cual ha provocado que se difuminen los lindes entre los diversos saberes filosóficos, y que la filosofía misma dé la impresión de una especie de mezcla o *totum revolutum* en el que no sólo todo tiene que ver con todo, sino también en el que, con precisión, nada se distingue de nada. Seguramente esta falta de rigor ha favorecido el declive de la metafísica hasta sumirla en la actual crisis.

8. Los riesgos de la metafísica

Uno de los peores riesgos *temáticos* de la metafísica ha sido el *monismo*: el considerar que *el ser es único*. Esto acaece al notar que la metafísica se abre a conocer la realidad sin restricción (trascendental), pero sin distinguir en ella primeros principios diversos. Si lo real conforma un *todo*, entonces estamos ante una única realidad de la cual sólo se pueden distinguir *partes*. De acuerdo con esta perspectiva, las realidades cósmicas –e incluso las inmateriales– entrarán en composición con el ser divino, a modo de emanación, participación, dialéctica, etc. Según esto, Dios no será Dios sin el

mundo y a la inversa. Es una especie de mezcla en la que no se disciernen los primeros principios. Como se ve, esta metafísica olvida la creación[67]. Este riesgo suele llevar aparejado que la metafísica se considere un saber *absoluto*, es decir, que diga la última palabra o que cierre el saber. A partir de ese momento se transforma en un dogmatismo injustificable.

Otra dificultad similar es la de *la generalización del ser*. Quienes incurren en este lazo suponen que existen diversidad de actos de ser, pero no los distinguen intrínsecamente entre sí, sino que los tratan todos de modo general, es decir, tomando el ser como una noción general. Esto manifiesta que no penetran en la índole de cada acto de ser, sino que lo dan por supuesto y, como máximo, se limitan a exponer las propiedades de las diversas esencia. Para librarse en parte de esta generalización, algunos recurren a la ‘analogía’, sosteniendo que el ser se dice en todos los entes en parte igual y en parte distinto. Pero con esto tampoco se perfila el carácter distintivo de cada acto de ser. Otra desventaja de este planteamiento estriba en que se intenta distinguir los actos de ser recurriendo a sus esencias, según limiten más o menos el acto de ser, pero tampoco esta explicación es satisfactoria.

Otro riesgo afecta, más que al tema, al *método* de la metafísica: se trata de la confusión entre la razón y los primeros principios, que fue una constante en el pensamiento griego. Este es el escollo más frecuente, porque en él se intenta pensar la realidad principal con los actos propios de la razón, en especial con el conocer que forma objetos pensados. Ahora bien, como cada acto de conocer forma un solo objeto (que se conmensura con su acto), se tiende a creer que la realidad principal debe ser única, como el ser de Parménides. Además, como tal acto de conocer es una presencia que presenta el objeto de modo actual, se acaba considerando que las realidades metafísicas (también las físicas) son presentes o actuales. Por lo demás, como el acto y el objeto pensado constituyen un conocimiento detenido, se extrapola a las realidades metafísicas (y a las físicas) esa falta de actividad. A este error se le ha denominado *metafísica prematura*[68].

“La solución de las dificultades aludidas es clara: la superación de *la presencia, que es el límite mental*. Solamente podremos progresar, hacer una buena metafísica y no una metafísica prematura, si llegamos a los temas de la metafísica abandonando el límite mental, es decir, excluyendo que el ser de que se ocupa la metafísica es el ser actual, y llegaremos a la temática de la antropología también en esa misma medida, negando que sea actual el ser del hombre. Aquí, ser no significa acto actual. Acto es una noción de la que no se puede prescindir. Ser significa acto, pero no actual; sólo es acto actual el acto de conocer cuando es una operación”[69]. Lo que precede equivale a considerar postemas reales de la metafísica como si fueran ideas y, en muchos casos, a conformar un sistema de ideas, pero “la metafísica no es un sistema de ideas, porque tal sistema no es un saber acerca del ser”[70].

9. Una última distinción entre física y metafísica

El hombre es compatible con las cuatro causas de la realidad física, pero no se reduce a ellas, ni siquiera en su cuerpo, por eso, con el trabajo de su corporeidad las puede modificar. En efecto, puede transformar las sustancias físicas y conformar multitud de productos culturales a los que cambia la forma. Asimismo, puede manipular las naturalezas vivas, dando lugar a otras nuevas o a reducir o ampliar las existentes. Además, también puede acelerar o decelerar el orden cósmico. En suma, la física está sometida al poder humano.

En cambio, el acto de ser del universo no está en manos humanas; tampoco el divino. Esto indica que la metafísica es, para el hombre, tema sólo de contemplación – como se consideró desde su inicio–, mientras que la física puede ser asunto de trabajo humano. Por eso cabe decir que “la física se distingue de la metafísica, es decir, de la última averiguación acerca del fundamento, precisamente por su proximidad a la técnica”[\[71\]](#). También por eso, “se llamó metafísica al modo de saber que deja estar en su ser a la realidad y que, en su distinción con el saber operativo, ha de buscarse”[\[72\]](#). La física se puede buscar, es decir, comprender la tetracausalidad de lo real, pero también se puede transformar; en cambio, de las realidades metafísicas sólo teoría, no razón práctica y transformación productiva.

Frente a esta mentalidad clásica (griega y medieval) chocó la versión moderna de la metafísica (aunque bien es verdad que en tiempos recientes no se ha distinguido entre metafísica y la filosofía en general). Recuérdese al respecto, por ejemplo, la concepción de Nietzsche de ‘la metafísica del artista’, el cual somete, cambia la realidad, a golpe de martillo.

De modo semejante, “la tesis de Heidegger acerca de la metafísica realista dice que se basa en la noción de producción. En la *enérgeia* (*en-érgon-egein*) de Aristóteles, el *érgon* es el obrar: el fin es también la obra, pero la obra está en el obrar. ¿Vio acaso Aristóteles la trascendencia desde la producción? Superar la metafísica, parece ser, en definitiva, para Heidegger, no entender lo trascendental desde la noción de producción”[\[73\]](#). Es neta la vertiente pragmática de la filosofía heideggeriana en su primer periodo, respecto de la cual las propuestas del pragmatismo son balbucientes.

Ahora bien, también es verdad que el segundo Heidegger proclama ‘dejar ser al ser para que se manifieste cuando desee’. Con todo, en esta nueva versión del ser, además de introducir en su seno un sutil voluntarismo, no se admite que el hombre se abra a él por vía de contemplación, sino más bien por vía de sentimiento. Ahora bien, el sentimiento no es primero –como el hábito de los primeros principios– en su apertura a los actos de ser, sino segundo respecto de dicho hábito. En efecto, a si se da tal apertura intelectual, el sentimiento resultante es de *tranquilidad*, porque el hombre sabe que la realidad es estable, que está asistida por Dios, y que no puede decaer en la nada. En cambio, si se ocluye tal apertura, aparece la intranquilidad. Dejemos dilucidar a los expertos en este autor cuál de los dos sentimientos barnizó su afectividad.

[18] POLO, L., *Antropología trascendental*, vol. I. *La persona humana*, Pamplona, Eunsa, 1999, 26. En otro lugar escribe: “Transpredicamental significa metafísico. Si lo físico es el estudio de la realidad en cuanto consistente en una pluralidad de sentidos principales no trascendentales, más allá de la física está la metafísica, el estudio del fundamento en tanto que tal, en tanto que primero. El nombre propuesto por Andrónico de Rodas es acertado. También se puede llamar filosofía de lo primero, de lo primordial, o como diría Escoto, estudio de la primalidad”. *Introducción a la filosofía*, Pamplona, Eunsa, 115.

[19] POLO, L., *El conocimiento del universo físico*, Pamplona, Eunsa, 2007, 148.

[20] POLO, L., *Curso de teoría del conocimiento*, vol. IV, Pamplona, Eunsa, 2004, 12.

[21] “La filosofía en su acepción más propia (filosofía primera) es el saber de principios”. POLO, L., *El hombre en la historia*, Cuadernos de Anuario Filosófico, Serie Universitaria, nº 207, Pamplona, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 2008, 33. En cuanto al nombre indica: “‘metafísico’ significa lo transfísico: lo que está más allá de lo físico. A su vez, la filosofía primera –que es el título estrictamente aristotélico, no el de metafísica– es el estudio de lo primero y, por eso, del ser como principio; de un sentido del ser que es el sentido principal. Ahora bien, ¿hay que considerar superada esta noción? No. La metafísica sigue teniendo un tema perfectamente real. No se puede decir que sea pasado o histórico. El sentido principal o fundamental del ser es indiscutible. Por tanto, la metafísica no queda eliminada ni sustituida. *Presente y futuro del hombre*, Madrid, Rialp, 1993, 166.

[22] POLO, L., *El acceso al ser*, Pamplona, Eunsa, 2ª ed., 2004, 290.

[23] “Hay que señalar que la opinión que asigna un papel fundamental al binomio potencia-acto en la metafísica de Santo Tomás de Aquino, debe estimarse equivocada. La más profunda conquista del Aquinatense es la distinción real entre esencia y existencia, a partir de la cual, y no al revés, la propia doctrina activista de Aristóteles recibe una nueva y más honda comprensión”. *Ibid.*, 282.

[24] POLO, L., *Curso de teoría del conocimiento*, vol. IV, ed. cit., 539-540.

[25] POLO, L., *El conocimiento del universo físico*, ed. cit., 66. Y en otro lugar: “La metafísica es la ciencia de los primeros principios y el conocimiento de los primeros principios es habitual”. *Persona y libertad*, Pamplona, Eunsa, 2007, 81.

[26] POLO, L., *Persona y libertad*, ed. cit., 69.

[27] POLO, L., *Presente y futuro del hombre*, ed. cit., 194.

[28] Cfr. para un mayor abundamiento: POLO, L., *Curso de teoría del conocimiento*, vol. IV, ed. cit., *El conocimiento del universo físico*, ed. cit.

[29] Cfr. POLO, L., *Nietzsche como pensador de dualidades*, Pamplona, Eunsa, 2005, cap. VII.

[30] Al *concebir* se conoce el *universal* en los muchos; esto es, conoce la *causa formal (unum)* implícita en la multiplicidad de los individuos materiales (*in multis*), en la *causa material*. Se conoce, pues, las dos causas que componen la *sustancia*, la formal y la material.

[31] En el *juicio* se conoce la *causalidad eficiente intrínseca* porque de las naturalezas no cabe sólo atribuir *accidentes* en presente, sino también en el pasado y en el futuro (ej. el perro corre, corrió, correrá), es decir, en el juicio recuperamos el movimiento y con él el tiempo. A la par, en el juicio se conoce la *causa final* porque juzgamos de muchas cosas físicas y notamos que todos los juicios son compatibles entre sí, lo cual indica que las realidades juzgadas guardan una unidad de orden universal.

[32] Es el *acto* racional más destacado a lo largo de toda la historia de la filosofía. Es un acto de la razón, no de la voluntad, como opinaba Descartes. No es reflexivo, y no conoce el acto de ser de lo real extramental, como sostienen algunos *neotomistas*.

[33] El *fundamento* de la realidad física es el *acto de ser* del Universo. Las cuatro causas son la *esencia* del Universo. El fundamento no es una causa más.

[34] *Universal* es palabra que designa lo conocido por el *concepto*, que no se refiere a una realidad física concreta, sino a todas las que caen bajo una misma *forma*. En rigor, lo universal no es sólo la verdad pensada (a este se le suele denominar *universal lógico*), sino la *forma real*, presente en multitud de realidades a quienes informa (*universal real*). La *causa formal* tal como está expuesta por Aristóteles es el *universal real* (ej. la *forma* de “perro” es el universal distribuido entre todos los perros existentes (París, Bobby, Tarzán, etc.).

[35] El acto del *juicio* afirma, además, el *movimiento intrínseco*, es decir, la *vida*. Por eso conoce las *naturalezas* (vegetativas y sensitivas).

[36] Conocemos también merced al acto de *juizar* la compatibilidad de todos los movimientos de las *sustancias* y de las *naturalezas* entre sí (ej. el ladrar del perro es compatible, por ejemplo, con su respirar. Pero éste, es compatible con el aire, y éste con el agua, etc.). Ello permite percatarnos de que todos los movimientos son armónicos entre sí; es decir, permite descubrir el *orden* del universo, la *causa final*.

[37] POLO, L., *Curso de teoría del conocimiento*, vol. IV, ed. cit., 46.

[38] *Ibid.*, 87.

[39] “El ser que estudia la metafísica equivale a existir (por lo pronto, a persistir)... El ser trascendental del que trata la metafísica no es una existencia co-existente: existe, es, sin más”. POLO, L., *Antropología trascendental I*, ed. cit., 32.

[40] “El ser principal es el que estudia la metafísica”. *Ibid.*, 31. Y en otra obra escribe: “El ser que corresponde a la metafísica es existir... La historia de la metafísica es el desarrollo de la consideración del ser en sentido principal... Lo trascendental de que trata la metafísica no es una existencia o co-existente: existe sin más; es y nada más”. *Presente y futuro del hombre*, ed. cit., 158.

[41] “Licet Causa Prima, quae Deus est, non intret in essentiam rerum creatarum; tamen esse, quod rebus creatis inest, non potest intelligi nisi ut deductum ab esse divino”. TOMÁS DE AQUINO, *De Potentia*, q. 3, a. 5, ad. 1.

[42] “Los primeros principios son asunto de la metafísica”. POLO, L., *Curso de teoría del conocimiento*, vol. I., Pamplona, Eunsa, 1984, 299. Y en otro lugar añade: “La metafísica se ocupa de principios”. *Persona y libertad*, ed. cit., 37.

[43] “La metafísica procede desde principios anhipotéticos. Lo anhipotético es lo que se pone como principio dando razón de todo lo demás y de sí mismo; por ello, es indemostrable, es principio último, o primero: principio sin principio”. POLO, L., *La crítica kantiana del conocimiento*, Cuadernos de Anuario Filosófico, Serie Universitaria, nº 175, Pamplona, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 2005, 18.

[44] A esto se llama “diferencia interna del fundamento (el ser se divide en dos: creado e increado)”. POLO, L., *El hombre en la historia*, ed. cit., 43.

[45] Cfr. PIÁ-TARAZONA, S., *El hombre como ser dual*, Pamplona, Eunsa, 2000.

[46] “La metafísica, repito, estudia la primariedad del ser. Esta primariedad es principal; pero los primeros principios son tres: principio de identidad, principio de causalidad y principio de no contradicción”. POLO, L., *Persona y libertad*, ed. cit., 251. “Los primeros principios son tres: el principio de identidad –que no es el principio de unicidad (la unicidad es la presencia mental, que se abandona para poder formular el principio de identidad)–, el principio de causalidad y el principio de no contradicción. Estos son los tres grandes temas existenciales de la metafísica. La metafísica versa sobre el ser como identidad, sobre el ser como principio trascendental de causalidad y sobre el ser como no contradicción”. *Presente y futuro del hombre*, ed. cit., 163.

[47] “La metafísica es un saber desde los principios; los cuales, al ser ellos mismos evidentes, permiten una videncia desde sí mismos: *ex videre*. La comunicación de la evidencia es esta ‘videncia desde’”. POLO, L., *La crítica kantiana del conocimiento*, ed. cit., 18.

[48] “El ser que estudia la metafísica se llama existencial sin incorrección. Algunos sostienen que no es correcto llamar existencia al *actus essendi*, porque el existir es empírico. No lo acepto. El ser que trata la metafísica es el ser como existencia, porque para ser fundamento hace falta existir: no se puede ser fundamento sin existir, por más que sea preciso aclarar el término existencia”. POLO, L., *Presente y futuro del hombre*, ed. cit., 168

[49] POLO, L., *El conocimiento del universo físico*, ed. cit., 432.

[50] *Ibid.*, 452, donde añade: “su análisis causal es el siguiente: lo incesante pero seguido –la causa material–, lo no seguido pero no incoado –la causa final–, el comenzar, pero ni incesante ni no seguido –

la causa eficiente–, y el análisis en cuanto que tal, que es la causa formal. Son las cuatro causas, que por inactuales y potenciales son concausales”. *Ibid.*

[51] “La metafísica de Aristóteles no es creacionista. Aristóteles no sabe lo que es la creación; en cambio, la distinción real es solidaria de la noción de *creación*, pues sirve para distinguir a Dios de la criatura, puesto que en Dios esa distinción no se da y en las criaturas sí. Pero además, justamente se habla de distinción real para caracterizar filosófica o metafísicamente a la criatura, para establecer su distinción respecto de Dios. Como es sabido, esa distinción con Dios está en que en Él el Acto de ser no se distingue de la Esencia divina; en cambio, en las criaturas la esencia creada se distingue del acto de ser”. POLO, L., *La esencia humana*, Cuadernos de Anuario Filosófico, Serie Universitaria, nº 188, Pamplona, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 2006, 23.

[52] “Las vías metafísicas terminan en Dios como principio: Dios como primer motor, como causa primera, como ser necesario del que dependen los contingentes, Dios como primero en el orden de la participación de las perfecciones puras y Dios como inteligencia de la que depende el orden. En todas estas vías Dios es entendido como primero. Así lo dice Tomás de Aquino: concluimos en el primer motor, al que llamamos Dios; concluimos en la primera causa, a la que llamamos Dios, etc. Pero eso es así porque se llega a Dios desde el sentido del ser como principio. Y es obvio que a Dios corresponde el sentido principal del ser”. POLO, L., *Presente y futuro del hombre*, ed. cit., 170.

[53] POLO, L., *Introducción a la filosofía*, 196. “La metafísica, en definitiva, trata de lo divino. A veces se dice que trata de la sustancia. Otras veces se dice que trata de las causas, pues por ellas llegamos al primer motor. Pero también trata de lo divino, de Dios, y entonces es teología. Propiamente, se llega a Dios considerando el modo de vida que es la intelección. Si desde la vía del movimiento físico no se concluye sobre el ser de Dios más que de una manera oscura, a partir de la teoría (la más alta forma de vida, cuyo ejercicio es superior a la acción física), conviene decir que si el hombre es intelectual en potencia y acto, el acto de entender al margen de cualquier potencia es la vida perfecta, la protovida, la razón primera de la vida (esto lo desarrolla Aristóteles, sobre todo, en los libros IX y XII de la *Metafísica*). Decir que Dios existe es lo mismo que decir que Dios vive. Y es la plenitud de la vida como plenitud de la teoría (entenderse siempre en acto)”. *Ibid.*, 116

[54] “El tema de la metafísica aristotélica es, en definitiva, el de la sustancia separada, y la sustancia separada es Dios. La sustancia separada, no la sustancia generable y corruptible, sino la sustancia *qua* sustancia; esas sustancias astrales, las cuales exigen en definitiva un primer motor”. POLO, L., *El conocimiento del universo físico*, ed. cit., 176.

[55] Cfr. HAYA, F., *El ser personal. De Tomás de Aquino a la metafísica del don*, Pamplona, Eunsa, 1997.

[56] POLO, L., *El conocimiento del universo físico*, ed. cit., 433.

[57] POLO, L., *Presente y futuro del hombre*, ed. cit., 174.

[58] “Interpretamos el ser de que se ocupa la filosofía tradicional como principio transcendental. Esto significa: el ser de que se ocupa la metafísica tradicional asegura su carácter transcendental interpretado como principio; pero también al revés: el sentido mismo de lo transcendental se cumple y satisface en tal metafísica según la interpretación principal del ser”. POLO, L., *El acceso al ser*, ed. cit., 243.

[59] POLO, L., *Nominalismo, idealismo y realismo*, Pamplona, Eunsa, 4ª ed., 2001, 216. Y en otra parte añade: “Una metafísica realista establece que el ser es el primero, y también que el ser es compatible con la trascendentalidad de los otros transcendentales”. *Persona y libertad*, ed. cit., 27.

[60] POLO, L., *Curso de teoría del conocimiento*, vol. IV, ed. cit., 54.

[61] Cfr. HAYA, F., *Tomás de Aquino ante la crítica. La articulación transcendental de conocimiento y ser*, Pamplona, Eunsa, 1992.

[62] POLO, L., *Curso de teoría del conocimiento*, vol. IV, ed. cit., 46.

[63] “La declaración de la insuficiencia del conocimiento operativo del fundamento es el hábito de los primeros principios”. POLO, L., *Curso de teoría del conocimiento*, vol. IV, ed. cit., 457.

[64] “Propiamente, el acto de ser se advierte en el hábito superior al hábito judicativo. En cambio, la noción de fundamento es explícita en la operación que sigue al juicio”. POLO, L., *El conocimiento del universo físico*, ed. cit., 451.

[65] POLO, L., *Presente y futuro del hombre*, ed. cit., 182.

[66] “Si conocemos habitualmente los primeros principios, una línea de investigación culmina, porque más allá de lo primero no hay nada. Este planteamiento justifica la metafísica realista”. POLO, L., *Nominalismo, idealismo y realismo*, ed. cit., 177.

[67] “Es patente que el todo es estrictamente afín al monismo, y que sólo si se rechaza que *todo* sea trascendental es posible hablar de distinción real de acto de ser y esencia, y distinguir las criaturas del Creador; porque si el ente es el *todo*, las criaturas serían, a lo sumo, modos divinos”. POLO, L., *Antropología trascendental*, vol. I, ed. cit., 67.

[68] “El acto de conocer es un acto actual, pero dejarse llevar y decir que la realidad *qua* realidad es actual es, como suelo decir, una metafísica prematura. Una metafísica que se hace *secundum operationem intellectualem*, pero eso no es inevitable”. POLO, L., *Persona y libertad*, ed. cit., 33.

[69] *Ibid.*, 36.

[70] POLO, L., *El acceso al ser*, ed. cit., 290.

[71] POLO, L., *El hombre en la historia*, ed. cit., 22.

[72] *Ibid.*, 34.

[73] POLO, L., *Nominalismo, idealismo y realismo*, ed. cit., 135.